

De los Andes al mar

por Florencia Saintout *

Hace unos días vi la película *Infancia Clandestina*. No soy crítica de cine. No se nada de cine si es que se puede saber de cine, así como lo dicen algunos. No podría decir nada que suene inteligente de cine. Pero la película me conmovió profundamente. Me emocionó. Pensé: qué luminoso verla en estos días de la historia. En estos días que dejan respirar la belleza de unos horizontes de justicia. Porque ver esa película hace un tiempo, como una pintura extrema de las derrotas, hubiera sido demoledor; tal vez, únicamente hubiera quedado el gesto de una resistencia con r minúscula, la de "soy juan" (con/sin juan perón).

Pero no, no es sólo de resistencias este tiempo.

Verla hoy, cuando el hambre de los pueblos late como ese corazón del video de Calle 13, desde abajo, desde siempre y hacia todo, es verla como una pieza de nuestra cultura emancipadora. La cultura, lo simbólico, ese poder de hacer cosas con palabras (con imágenes, sonidos, formas) no existe por fuera de la materialidad de la historia. No puede pensarse por separado. Cultura y política: un amasado que sólo desde una miopía intencionada puede ser diseccionado en partes que nunca son, además, equivalentes. Las derechas lo han hecho: ¿para qué abrirles el verbo si (ellos, los otros) se mueven en los territorios de las necesidades? Lo repiten en estos días: comida antes que computadora; comida no fútbol, menos si es para todos. Comida en lugar de una radio. Mientras lo dicen no se privan de nada, ellos que siempre creen ser los dueños de todas las cosas. Mentirosa existencia la que piensa el asunto por separado.

El maíz y su palabra tienen un sonido que es carnadura de grano sobre la tierra. El alimento tiene cuerpos que huelen y que son ardientes, dolorosos, gozosos. Pero el alimento no es el mismo en el arrasado de las derrotas que al calor de la esperanza de las luchas. Y mucho menos es el mismo cuando es el de los pueblos.

maíz es una revista desde la hechura de las palabras y las cosas, con la alegría oceánica de haber sido parida en unos días de extraña felicidad para los compromisos. De las convicciones. De la apuesta común a correr en el río de los que han sido acallados, olvidados, condenados. Para abrir otra historia. Otras historias en un solo mundo de muchas voces.

Michel Serres contaba esa ocasión en que unos pescadores debieron presentar un lote completo de cartas marinas a un inspector. Los mapas que primero mostraron eran perfectos, dice Serres: vírgenes, blancos, nuevos, sin ningún pliego. Se llegaba a ellos luego de acceder a una llave que costaba mucho encontrar pero que finalmente estaba. ¡Eran mapas que nadie nunca usaba! Eso era obvio, hasta para el hombre de control. Había unos mapas perfectos que nadie usaba para mostrar al inspector y había otros que eran los que sí usaban los hombres de mar. Nadie hablaba de esos. No parecían existir. Entonces fue sólo la palabra del hombre de

mar el que podía decirlos. El inspector que tenía el poder de saber no sabía ¿Cómo navegar sin mojones/ indicadores / coordenadas?, se preguntaba. Sólo lo sabían los hombres de mar, que aprendían las respuestas al tiempo en que navegaban. "Se avanza hacia el sol poniente mientras flote algún alga, se gira hacia la izquierda, un poco, cuando todo se vuelve muy azul, no puede haber error, allí están los parajes preferidos por las marsoplas, luego viene una fuerte corriente constante que lleva hacia el norte, más adelante el viento sopla por bajo, a ráfagas, después el oleaje corto, el lugar donde se cruza la ruta de los grandes cofres, entonces aparece el primer gran banco, allí bajo el viento".

El hombre de mar sabía. Lo que sabía lo veía desde su adolescencia, "lo que él veía transformarse a medida que él pasaba, lo que en verdad no había aprendido de boca de nadie". Era un saber que sabía de colores, de peces, de viento, de oleaje; que constituía una enciclopedia, un lenguaje, pero que estaba muerto a los ojos de los que tenían el poder de saber. Sin embargo, palpaba como un ser vivo. En esa enciclopedia el mar no era plano y monótono: se sostenía en un trazado abigarrado, atigrado, diferenciado. Era otra la cartografía posible. Finalmente escribe Serres como inspector "yo no había visto nunca el mar hasta esa noche, cuando tras pasarnos horas escuchando al viejo bacaladero, dejamos el camarote lleno de humo, en desorden, y el mantel de encaje con cenizas, manchas, salpicaduras".

Había visto otro mar al escuchar. Pero no solamente otro, sino uno que estaba sumergido. Y no solamente uno que estaba sumergido sino uno que sí, esta vez, podía afirmarse en/con un lenguaje. Tenía la voluntad y la fuerza de hacerlo.

Venimos de tiempos en que se creyó que lo único que quedaba era la r minúscula para sostener las ruinas como sedimento de alguna otra lucha que quizá, sin certeza, alguna vez sucedería. De tiempos en que de formas más y menos sofisticadas fue posible la vergonzosa pregunta: ¿si puede el subalterno hablar?

Y los académicos se conformaron con una etnografía de los vencidos que mucho tuvo de la belleza de los muertos.

Pero los vientos del sur trajeron las posibilidades de imaginar victorias. Ahora "yo soy juan" tiene un sentido de avanzada y de conquista colectiva.

No se gana sin la creencia compartida de que vale la pena ganar. No se transforma sin la convicción de que es imprescindible hacerlo.

maíz, que es una palabra, es más que una palabra.

Hecha desde una universidad pública en Latinoamérica, que tiene un edificio que lleva el nombre de Néstor Kirchner, **maíz** es una revista periodística de cultura y política.

* La Doctora Florencia Saintout es Decana de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP.